# MEMORIA

## *del Sr. D. Eduardo Benot.*

SEÑORES:

A la sociabilidad humana se oponían, de un modo insuperable en el mundo antiguo, la dificultad de las comunicaciones entre pueblos apartados, la enormidad del tiempo necesario para las exploraciones, y la diversidad de las lenguas. Especialmente la dificultad de las comunicaciones era tal, que sólo así se explica que el continente americano pudiese vivir tantos siglos aislado por completo de los pueblos del otro continente. Y la travesía de COLÓN fué tachada de locura por el tiempo sin precedentes que se suponía indispensable para atravesar el mar desconocido.

El progreso de la edad moderna, desdeñando, por endebles, los esclavos de carne y hueso, los ha sustituído por otros esclavos incansables, de bronce y de acero, que respiran humo y vapor; y, con ellos y con los eléctricos alambres, ha conseguido vencer á los dos formidables déspotas de la antigüedad, el Espacio y el Tiempo. Pero no ha logrado todavía libertarnos de la otra esclavitud, insoportable ya en el estado eminente de nuestra civilización: aún sufrimos la tiranía que nos impone la multiplicidad de las lenguas habladas en el mundo. Podemos trasladarnos con facilidad pasmosa á los pueblos de otra civilización y de otras razas, pero no entender el lenguaje de sus moradores. Si son ricos, no podemos establecer con ellos francas relaciones comerciales; si nos son inferiores, no podemos civilizarlos. Para aprovecharnos de sus comarcas recurrimos á la guerra, y les hacemos entender nuestra voluntad por la voz de los cañones.

Hombres de buena intención y de gran entendimiento ¡verdaderas eminencias! han pensado en concluir con tanta tiranía, reliquia desdichada del aislamiento de los primitivos pueblos, dotando á la civilización de una lengua universal. Pero sus generosas aspiraciones se han estrellado, no ante las dificultades teóricas, sino ante los inconvenientes de la práctica, por la imperfección de nuestra inteligencia y la escasa extensión de nuestra facultad de recordar.

No hay nadie que sepa el diccionario de su lengua. Ni aun siquiera le es bien conocida una mínima parte.



CLHI. Eduardo Benot (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

El niño habla con muy pocos vocablos: su glosario oscila entre 300 y 400 términos muy usuales. Lenguas hay en que no existen tantas raíces. El libreto de una ópera italiana no pasa regularmente de 650 voces. Del gran poeta Racine se ha dicho que le bastaron 1.200 vocablos para escribir todas sus tragedias, (lo que parece cuestionable). Contadas con celo religioso las palabras de la Biblia correspondientes al Antiguo Testamento, se ha visto que son 5.642. Un periodista elegante apenas hace uso de más, y un hombre de buena sociedad no emplea nunca tantas ni con mucho en su conversación. El orador más copioso suele no llegar á 7.000; y por exceder este número en algunos millares, se cita como á portentos de facundia y de riqueza elocutiva, entre todos los escritores, á CERVANTES, á LUTERO y á SHAKESPEARE. Y, si resulta imposible aprender el diccionario de la lengua patria, ¿quién podrá gloriarse de poseer el de un idioma no directamente emparentado con el propio ni hablado desde la niñez? ¿Cómo adquirir y retener lo caprichosamente arbitrario, sin antecedente ni ligamen sistemático con la lengua patria? Así ha resultado inaprendible el famoso *Volapük*, de SCHLEYER, última tentativa seria de lenguaje universal,—ingeniosísima y generosa,—pero producto inarmónico de los antojos del capricho, sin referencia sistemática al fondo común de la elocución universal.

Mientras se trate de inventar Léxicos será imposible una lengua común á todas las naciones de la tierra.

No pasaría lo mismo si se tomara otra dirección, como en el flamante proyecto de una lengua *católica* ó *universal* formulado por ALBERTO LIPTAY quién, reconociendo que hoy por hoy no existe una lengua hablada por todos los habitantes del globo, demuestra que hay muchos millares de voces de usó general en los pueblos más civilizados, las cuales pueden y deben servir de núcleo para un glosario común á los quinientos millones que forman la parte más importante de la Humanidad.

LIPTAY no aspira á la *invención*, sino al *aprovechamiento* de lo existente. Por ejemplo, *nación*, *noción*, y hasta 7.000 voces más por el estilo, procedentes del latín, son palabras usadas con sólo variantes de ortografía y de pronunciación, por

20 millones de portugueses,
65 millones de españoles,
30 millones de italianos,
100 millones de franceses y poseedores del francés,
200 millones de ingleses y personas que hablan esa lengua,
60 millones de alemanes, etc.;

por manera que, para utilizar este acervo común, sólo sería necesario:

Uniformar la pronunciación,

Uniformar la ortografía,

Simplificar el sistema de flexiones españolas, italianas, etc., y

CLHI. Eduardo Benot (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

Uniformar la construcción.

Nada más racional que el proyecto de LIPTAY: nada más fácil *relativamente.*

Pero el problema está aún por resolver, porque el lenguaje universal no ha sido inventado todavía. Y, caso de serlo en día afortunado, ¡cuánto tiempo no exigiría el llegar á un gran convenio internacional en cuya virtud se generalizara! ¿Qué gobierno, por autoritario que fuese, se atrevería á declararlo obligatorio, ignorando si al fin sería aceptado por todas las naciones? Y ¿no lo rechazarían constantemente los pueblos incapaces de pronunciar ciertos sonidos que nos son muy fáciles y para quienes resultan refractarias nuestras construcciones? En Filipinas nos presentan los chinos allí establecidos desde hace muchos años, palpables ejemplos de su incapacidad increible para pronunciar nuestros sonidos y hablar según nuestra sintáxis.

Si dificultades casi incontrastables se oponen á la universal aceptación de una lengua artificial, vehículo civilizador de todas las ideas, existe afortunadamente un lenguaje de la civilización, si bien en tres formas diferentes:

Inglés,
Español y
Francés.

No hay pueblo culto bañado por el mar donde no se hable inglés, ó bien español en sus dos variantes castellana y portuguesa; y no existe sociedad adelantada donde no se hable francés. Quien sepa estas tres lenguas posee el lenguaje universal de los pueblos más avanzados, progresivos y poderosos del planeta. Pues, si bien en los grandes imperios de Rusia y Alemania no es vernacular ninguna de las tres lenguas, sin embargo, el inglés se habla en sus costas, y el francés es tan conocido en las grandes poblaciones que á veces resulta hasta familiar. Claro es que las lenguas del Occidente de Europa y de toda la América, latina y anglo-sajona, no son comprendidas ni en el centro ni en el oriente del Asia, donde el turco y el chino son los medios principales de comunicación.

Pero, si el conocimiento del inglés, del español y del francés, no resuelve el problema en toda su generalidad, lo resuelve en mucha parte, y sobre todo en los pueblos Europeos y Americanos que marchan á la cabeza de la civilización, y que imponen el progreso por su ciencia, ó arrollan por la fuerza de sus armas los obstáculos que les pone el salvajismo ó el atraso.

Pronto el Africa se verá cruzada de ferrocarriles y rodeada de alambres telegráficos y telefónicos, y allí no se hablará entonces mas que inglés, portugués, francés y español.

Grandiosa es, en tal virtud, la misión que por su lengua está encomendada á los pueblos que hablan castellano. Pero, para que estos pueblos conserven el puesto de honor que les ha tocado en la tarea inacabable de la civilización, es necesario que nuestra hermosa lengua castellana no se disuelva en dialec-

CLHI. Eduardo Benot (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

tos;—que sólo la unidad de lenguaje puede ser vehículo de la sociabilidad humana. A los pueblos que quieran secuestrarse del trato y del concierto universales, convienen los dialectos y las lenguas no emparentadas con las de los pueblos progresivos. De aquí los celos regionales, las prevenciones de nación á nación, los odios y las guerras. El que habla una lengua distinta de las de sus vecinos, se siente inclinado á no mirar en ellos nada de común con él, y á no creerlos ligados á su porvenir en la gran solidaridad de las naciones.

Por el contrario, los que hablan una misma lengua se consideran siempre como allegados, por más discordias civiles que rompan transitoriamente sus relaciones fraternales.

Pero todo cambia en el mundo, y de esta ley general las lenguas no se eximen. Las palabras son organismos vivientes que nacen con un significado material; crecen y se agrandan y se espiritualizan con el sentido translaticio; tal vez resisten todo cambio cual pirámides ingentes de granito indestructible, y tal vez mueren.

Y conviene inmensamente este cambiar incesante del glosario, porque el valor científico de las lenguas reside en las progresivas y muy elaboradas evoluciones de sus signos. *Planeta*, por ejemplo, no era voz aplicable á nuestro globo cuando se creía á éste el centro inmóvil del universo.

El *eléctron*, ó ámbar, atrae los corpúsculos cercanos, plumillas, pajas, fragmentos de hojas secas... Hoy la voz *electricidad* no tiene nada que ver con el *ámbar* del significado primitivo.

No cabe en la acepción que hoy damos á la palabra *luna* el concepto que de nuestro satélite se formaban aquellos griegos primitivos á quienes fué dado creer que el León de Nemea, habiéndose acercado sin la precaución debida al borde de nuestro luminar nocturno, hubo de resbalarse fatalmente; y, dando un salto formidable, fué á caer en el Peloponeso, con fuerzas y bravura todavía suficientes para causar tantos estragos, que hubo necesidad nada menos que de un semidios como Hércules, para acabar con el monstruo ultraterreno.

Las palabras cambian porque cambian las ideas, y pretender que las lenguas permanezcan estacionarias sería aspirar á la perpetuidad de la ignorancia. El neologismo y el cambio de acepciones constituyen las dos fuentes principales del desarrollo de los pueblos. LOPE, CALDERÓN y el copiosísimo CERVANTES no nos entenderían ciertamente, si nos oyeran decir LUZ ELÉCTRICA, ECONOMÍA POLÍTICA, LUCHA POR LA EXISTENCIA, CORRELACIÓN DE LAS FUERZAS FÍSICAS, ENERGÍA, EVOLUCIÓN... y tantas, tantas otras.

Y, ¿por respetos insensatos á la antigüedad, iba á pararse la locomotora del Progreso?

Pensar que el Diccionario no varíe es simplemente una ignara demencia, y más tratándose de Estados como los que hoy hablan la lengua castellana,—

CLHI. Eduardo Benot (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

unos en Europa y otros en América,—unos en el hemisferio Norte y otros en el hemisferio Sur, con distintas constelaciones en sus cielos y con faunas y floras diferentes en sus tierras, con ríos aquí pigmeos como el Tajo y con el coloso allí del Amazonas,—aquí rodeados de gentes civilizadas, y allá de tribus salvajes todavía,—cristalizados aquí los Pirineos y el Mulhacén, y convulsas allá las Cordilleras por el tremebundo hervir de los volcanes.

Sin embargo, la variación de las palabras no implica nunca el cambio de la lengua. CERVANTES, ciertamente, no comprendería muchas de las voces ni de las ideas actuales de España ni de América; y, no obstante, ¡admirable vitalidad del castellano! todavía en ambos continentes hablamos todos con justificado orgullo la incomparable lengua de CERVANTES. Es imposible que en regiones tan extensas y apartadas el vocabulario se estacione ni estanque: antes bien siempre se estará evolucionando, ya porque en el lenguaje de una comarca no existan los radicales que en el de otras; ya porque con el transcurso de los tiempos experimenten cambios de consideración raíces un tiempo comunes, ya porque en un país se conserve lo que en otro se perdiere; ya, en fin, porque el sentido translaticio dé en un punto acepciones especiales á voces un día de análogo significado material. Pero la lengua siempre puede ser la misma.

No es posible, pues, inmovilizar el diccionario, pero sí es posible conservar el idioma, sin hacerlo inaccesible á las evoluciones del progreso.

Y á esta conservación de una de las tres lenguas que constituyen el lenguaje de la civilización, debemos contribuir todos cuantos escribimos, y todos cuantos tienen obligación de hablar bien. No basta con la incesante labor de las Academias, así de la Española como de las Americanas sus correspondientes: es necesario que á la obra contribuya el no inferior ni menos valioso que pudiéramos decir elemento popular de las letras españolas: es necesario que, conscientemente, se crean instrumentos de la sociabilidad humana todos los escritores hispano-americanos, y que todos, en masa é individualmente, se consideren en el deber social de impedir la corrupción del admirable sistema elocutivo que nos une con lazos de afinidad.

Sí, custodios del habla castellana; si nuestra lengua se parte en dialectos, dejaremos de mirarnos como afines, y seremos un estorbo á la fraternidad universal.

Escritores de ambos mundos; conservemos nuestra lengua, para que nuestros pueblos se consideren siempre como hermanos.

E. BENOT

CLHI. Eduardo Benot (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes